

pense de toda pesquisa y de toda *apreciación* en estas materias necesariamente delicadas y sujetas á la ilusión, tenemos el testimonio de la misma fundadora; tenemos su propio juicio tan competente en materias semejantes. Hé aquí las palabras que leemos en el libro de las *Fundaciones*.

«Pues tornando á lo que decía, son tantas las mercedes que el Señor hace, en estas casas, que llevándolas Dios á todas por meditación, algunas llegan á contemplación perfecta, y otras van tan adelante, que llegan á arrobamientos, y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto, de darles revelaciones, y visiones, que claramente se entiende ser de Dios. No hay ahora casa, que no haya una, ó dos ó tres de éstas.»

¿Acaso sería hoy Señor San José menos poderoso de lo que era hace trescientos años cuando la reforma del Monte Carmelo? No, ciertamente. Su crédito para con Dios no ha sufrido ninguna disminución; antes bien, debe hoy manifestar más su poder y su bondad, puesto que su glorioso nombre significa: *aumento ó crecimiento*: debe conceder hoy beneficios mas señalados. Tengamos, pues, singular confianza en su protección paternal; y para recompensarnos de nuestro amor á su

augusta Persona, nos hará atravesar felizmente las primeras moradas de ese místico Castillo cuyas diversas moradas ha descrito Teresa; y se dignará introducirnos cuando llegue el tiempo, en las moradas interiores á donde no llega ya el ruido del mundo, en donde son impotentes las tentaciones del enemigo, y donde la presencia inmediata y grandiosa del Señor Dios, llena toda el alma de las luces mas puras y del ardor del santo amor.

CAPITULO IX.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las almas humildes.

SEÑOR SAN JOSÉ reunía á los dones resplandecientes de la oración mas sublime, los dones aun mas preciosos de una profunda humildad.

Cómo Señor San José excedía en esta virtud tan necesaria á todos los verdaderos discípulos de Jesucristo nuestro Señor, es lo que resalta, por decirlo así, *evidentemente*, de su historia, como podemos conocerlo por la relación compendiada de los Evangelios. Hay ciertas virtudes y ciertos estados del alma que no pueden permanecer ocultos en el asi-

lo secreto de nuestro corazón, y que se manifiestan claramente en el exterior, por el gesto, la voz, las acciones, y por todos esos mil fenómenos visibles que constituyen nuestra vida exterior. La humildad de Señor San José parece que debe ser colocada entre estas disposiciones interiores demasiado poderosas y universales para no manifestarse á cada instante por los actos del que las posee. Bástanos fijar un momento la mirada de nuestra alma en su amable semblante lleno de la paz mas profunda, para comprender luego que Señor San José es verdaderamente un hombre *manso y humilde de corazón*, (1) según el modelo que Jesucristo nos presenta en su Persona. Vemos desde luego sin descender á los altos detalles de su historia, que José es como una casta violeta, amiga del retiro y del silencio, y que solo se descubre por la suavidad de su perfume.

Si apesar de esto debemos presentar algunas consideraciones detalladas sobre un asunto tan dulce y piadoso; si debemos extendernos un poco, para hacer ver por algunas explicaciones la profunda humildad de Señor

(1) Discite a me quia mitis sum et humilis corde. (Math., XI).

San José, encontraremos en las páginas poco numerosas que encierran los Evangelios todo lo que necesitamos para poner en grande evidencia esta virtud de nuestro glorioso Patriarca. Los Evangelios son muy cortos en sus relaciones admirables; y muy pocas horas bastan al que quiera leerlos sin detenerse ni meditar. Mas están llenos de la inagotable fecundidad que caracteriza todas las obras de la gracia: y el que es guiado por la luz divina descubre á cada instante en su narración tan compendiada, verdades siempre nuevas; y en esta incesante multiplicación de la doctrina reconoce ese grano del reino de Dios, *quod minimum quidem est omnibus seminibus*; (1) mas pequeña, es verdad, que todas las otras semillas; pero que después llega á ser un grande árbol bajo del cual los teólogos, los doctores, los místicos, y todos los otros maestros de la celestial ciencia, pueden y deben descansar antes de volver á partir para ilustrar y conducir á los fieles.

Sabemos, pues, por los Santos Evangelios, que José tenía por Esposa á la bienaventurada Virgen María, la mas humilde de las criaturas; Aquella que se decía humildemente la

(1) Manth., XIII

sierva del Señor, cuando el real mensajero del Altísimo la colmaba de los mas grandes elogios; Aquella que debía dejar á la Iglesia ese admirable cántico del *Magnificat*, y hacer cantar á los fieles en toda la série de los siglos, que el Señor se había dignado *mirar la bajeza de su sierva*. Humilde y sumisa para con toda criatura, María debía serlo mucho más aún en sus relaciones con José, su Señor y su Esposo.

¡Oh! ¡qué preciosa consideración, si no estuviésemos tan llenos por la hinchazón de la soberbia, el ver á la Dominadora del mundo inclinarse con respeto en presencia del dichoso Patriarca, penetrado de admiración ante esta singular humildad de su esposa! María hablaba siempre, aun á los indiferentes, y aun á los malos endurecidos en el vicio, con una dulzura tan penetrante: ¡cuál debía ser su tierna modestia cuando con las manos juntas sobre su casto pecho, y velando bajo su humillación voluntaria, el luminoso ardor de su mirada, se dirigía á su Esposo para pedir sus órdenes, su permiso ó su aprobación!

Y José, estando penetrado hasta el fondo del alma por esos grandes ejemplos de María, ¿habría dejado de humillarse todos los días de su vida en los mas perfectos abatimientos

interiores y exteriores? Aun cuando el Esposo de María hubiera tenido como la mayor parte de sus conciudadanos, *la cabeza rebelde y el corazón incircunciso*, (1) toda su dureza se habría derretido como la cera cerca del fuego, en presencia de esta admirable dependencia que le manifestaba su Esposa á cada instante. Mas José era una alma muy piadosa, muy dócil y sin aspereza, en la que los santos ejemplos de María *se imprimían*, por decirlo así, con una continua exactitud. Jamás la Maestra de las virtudes encontró aun entre los Apóstoles, ni aun en San Juan Evangelista, un discípulo tan ferviente y tan fiel: y nunca trabajó tan largamente en hacerle avanzar en las vías cuya inteligencia le daba soberanamente Jesucristo su Hijo. Reflexionemos ahora, y véamos si podemos comprender hasta dónde debía extenderse la profunda humildad de Señor San José.

Además, debemos añadir, que el piadoso Patriarca encontraba al lado de María, otros ejemplos mas eficaces aún; porque á la gloria de ser el Esposo de la Virgen Purísima, juntaba la de servir de Padre á Jesucristo nuestro Señor.

(1) *Duræ cervicis et incircumcisis cordibus.* (Act., VII).

Ahora bien, sabemos, puesto que lo hemos leído en el Evangelio, que Jesucristo estaba *sometido* á José; y no podemos dudar que esta *sumisión* no fuese grande, como todas las demás virtudes que Jesucristo venía á traer al mundo para resucitarle, sacándole de sus pecados. Jesús, hijo de José, estaba *sometido* á su Padre, no solamente en esos primeros años de su infancia, durante los cuales consentía en velar sus esplendores infinitos bajo la inocente delicadeza que adorna á los niños cristianos recientemente salidos de la cuna; sino también en esos años ya mas bellos que hacen nacer en nosotros los primeros desarrollos de la razón y de la libre voluntad; y también en esa edad en que la adolescencia trasfigurada dá lugar á la ardiente juventud, y aun en esos días en que la juventud llegada á la madurez, ve sus flores cambiarse en frutos, y deja aparecer ya la gravedad dulce y varonil que conviene al hombre perfecto. Durante este largo periodo que comprende los treinta años de la vida oculta de Jesucristo, pudo José contemplar muy de cerca á cada instante, los prodigios de esa obediencia inaudita que ponía la voluntad de Jesucristo entre las manos de un artesano.

¡Oh milagro verdaderamente capaz de lle-

nar de pasmo á todos los hombres y á todos los ángeles! Jesucristo, el Hijo de Dios, escogía por su verdadero superior al que no era mas que un hombre! Por una humildad que sobrepuja nuestros pensamientos, obedecía á la menor palabra, á la menor señal del Esposo de María, sin reserva, sin dificultad y sin resistencia; todos los días de su vida, constantemente y sin cansarse! Y ¿José habría podido ser por treinta años testigo continuo de un prodigio semejante, sin quedar penetrado hasta el fondo de su alma de la humildad mas sincera que jamás haya sentido ningún santo? ¿Quién podrá creerlo, y no afirmar como nosotros, con plena seguridad, que José necesariamente ha sobresalido en los abatimientos de la mas perfecta humildad?

Los auxilios que José recibía de esta obediencia voluntaria de Jesucristo y de María, eran manifiestamente tan grandes, que debían librarle aun de una tentación mas sutil que muchas veces nos ataca y nos sorprende. «*Superbia bonis operibus insidiatur ut pereant*: La soberbia tiende sus emboscadas á las buenas obras, á fin de destruir sus méritos,» nos dice el gran San Agustín; (1) y en efecto, mu-

(1) In Regula.

chas veces somos solicitados por el espíritu de malicia, á sacar vanidad de nuestra misma humildad, y de todos los actos interiores ó exteriores que nos inspira. Mas ¿cómo habría podido sucumbir José á esas astucias disfrazadas de que se sirve el enemigo á fin de engañar nuestra debilidad? Para triunfar del tentador, ¿no le bastaba una sola mirada dirigida á Jesucristo y á María? ¿Podía *estimar* aún su humildad y tenerla por *alguna cosa*, cuando veía á su lado á su Señor y á la Madre de su Señor, á Jesucristo y á María, obedientes á su menor palabra y á la menor manifestación de sus deseos?

Dirijámonos, pues, á Señor San José, para obtener de él el inestimable favor de una humildad cordial y sincera; *muy recta*, por decirlo así, y sin ninguna afición á nosotros mismos; de una humildad que nos haga someternos, *sin ninguna excepción*, á todos nuestros hermanos, á nuestros superiores, á nuestros inferiores y á nuestros iguales. Muchos creerán quizá, que esta virtud llevada hasta este punto, no conviene sino á algunas almas privilegiadas, tan raras en la historia de la Iglesia; pero San Pablo, si consultamos sus Epístolas, no parece conformarse absolutamente á este parecer.

La Epístola á los Efesios no estaba ciertamente escrita para alguna piadosa congregación exclusivamente formada de cristianos obligados por votos á buscar la perfección. Efeso era una gran ciudad, ocupada por una población orgullosa, voluptuosa, y llena de todos los defectos que caracterizaban á las grandes ciudades en la época en que el imperio comenzaba á declinar y á caer en los vicios mas horribles. Además, podemos decir, que San Pablo, instruyó en la persona de los Efesios, á toda el Asia Menor, cuya espléndida capital era Efeso. Y no obstante, ¿qué dice el Apóstol en esa gloriosa Epístola que escribió desde el fondo de la prisión en donde padecía por Jesucristo? *Subjecti invicem in timori Christi: (1) Estad sometidos reciprocamente, ó en otros términos: Estad sometidos los unos á los otros, en el temór de Jesucristo.* Estad sometidos los unos á los otros, sin ninguna distinción, sin ninguna excepción, de una manera universal.

Explica mas claramente aún esta misma doctrina, cuando escribió á los Filipenses, sus discípulos muy amados: *In humilitate, supe-*

(1) Ephes., V.

riores sibi invicem arbitrantes: (1) *Caminad en espíritu de humildad, mirándoos mutuamente como superiores los unos de los otros.* Es decir, que cada fiel debe obedecer con continua dependencia, con santo respeto, á *todos sus hermanos*; y cada uno de sus hermanos á su vez, lleno de los mismos sentimientos, debe esforzarse en manifestarle una obediencia igual. Entre los verdaderos cristianos que toman el contrapeso de todas las máximas del mundo, debe ser este un combate continuo, para saber á quién tocará la gloria y la felicidad de una sumisión mas perfecta: así como en el mundo es una lucha incesante para obtener el poder de mandar. Es de creer que estas santas luchas que hace nacer la humildad cristiana, se renovaban muchas veces en la pacífica habitación en donde José mandaba á Jesús y á María. Muchas veces el augusto Patriarca, olvidando sus derechos de Padre, quería recibir las órdenes de su Hijo y de su esposa; y aun mas frecuentemente Jesucristo y María le obligaban dulcemente á recordar que era *Padre*, y que debía por la voluntad de Dios ejercer la autoridad de *Esposo*.

Mas ¿cómo será posible tener en sí este es-

(1) Philip., II.

piritu de obediencia humildísima, no solamente para con sus superiores, sino también para con sus inferiores, para con sus criados y con toda criatura? El Apóstol nos la enseña en dos palabras cuando nos dice: *In timore Christi.* «En el temor de Jesucristo.» Considerad á Jesucristo en la persona de todos los que os rodean; y no es esto una vana imaginación llena de exageración y de mentira; pues nuestro Señor habita verdaderamente en el interior de todas las almas fieles que posee íntimamente por su presencia. Considerad pues á Jesucristo en vuestros hermanos, y por esta santa industria, si no perdeis de vista vuestras propias iniquidades, vuestra bajeza y miseria, no hay duda que os será facil humillaros hasta la tierra en presencia del mas pequeño de todos aquellos á quienes teneis que mandar.

Del mismo modo, considerad la persona de María en aquellas á quienes debéis tener por vuestras hermanas y por vuestras madres, si teneis en vosotros los instintos sobrenaturales de la gracia. (1) El bienaventurado Enrique Susón, decía, que tenía un gran respeto por todas las mujeres, porque veía en ellas la

(1) Anus (obseca) ut matres; juvenulas ut sorores in omni castitate. (Jim., V).

semejanza de la Madre del Señor. Si os forzais en seguir sus ejemplos, en lugar de encontraros en su presencia perseguido por los sentimientos humanos que os alejan de la santidad cristiana y os arrastran á cometer muchas faltas, sentireis llenarse vuestro corazón de una tranquila veneración, de una profunda humildad y de un santo respeto.

Ved, pues, no solamente en vuestros superiores, sino también en todos aquellos y aquellas á quienes mandais, las augustas Personas de Jesucristo y de Maria: y entonces, aún en medio de vuestras órdenes estareis para con ellos en una disposición de humilísima obediencia, ó por mejor decir, de continua esclavitud; (1) cumpliendo en vosotros las palabras de San Pablo: *Subjecti invicem in timore Christi*. Y si os sentís desfallecer en medio de esta práctica tan santa; si sentís aumentarse en vosotros la tibieza de la inteligencia humana para opacar y extinguir las claridades mas santas y mas altas de la fé, recurrid á Señor San José que poseyó real y verdaderamente

(1) Muchos personajes piadosos han hecho voto de vivir en las disposiciones de *esclavitud* para con el prójimo. Puede citarse entre ellos á un hombre de santidad eminente. M. de Condren, segundo general del Oratorio.

bajo su obediencia, á Jesucristo y á Maria, y que supo mandarlos según la santa voluntad de Dios, sin traspasar no obstante los límites de la mas perfecta humildad.

Esta virtud de nuestro glorioso Patriarca nos es manifestada también por otra circunstancia que podemos concluir de la narración de los Evangelios.

Señor San José, estaba maravillosamente instruido, á lo que parece, en la práctica del *silencio*. El Evangelio nos refiere palabras de Jesucristo, de Maria, de los Apóstoles, de Juan Bautista, de los judíos, de Pilato y de otros muchos; mas no contiene ninguna palabra, ni una sola, pronunciada por Señor San José. Durante esas penosas angustias que hace nacer en el alma del Santo Patriarca la gravedad de su casta Esposa, ¿no podía, con una sola palabra, aclarar todas sus dudas y saber la verdad? Cuando el Angel se le aparece para revelar le unos misterios tan sublimes, ¿no tenía Señor San José mil explicaciones que pedir sobre el asunto mas querido á su corazón, acerca de la venida del Mesías, y de todos los esplendores que debían rodearle? Cuando Simeón hace escuchar á Maria en el templo de Jerusalem tan dolorosas predicciones, ¿no tenía José naturalmente ocasión de ma-

nifestar al santo anciano, que no estaba ignorante de los destinos de este Niño nuevamente presentado en el templo? Y cuando por dos veces se presenta el Angel del Señor á nuestro Santo para decirle que deje la Judea y parta para la tierra de Egipto, y en seguida que deje la tierra de Egipto para volver á la Judea, ¿no tenía José mil preguntas que hacer acerca de los motivos, las circunstancias y los resultados de los largos viajes que se le ordenaban emprender y cumplir? Finalmente, cuando el Niño Jesús á los doce años se oculta á sus Padres para ser hallado en el templo, ¿no tenía José que informarse acerca de los motivos de una conducta tan nueva? ¿no tenía que manifestarle por medio de sus palabras todo el gozo que le causaba su dichoso hallazgo? Mas en todas estas circunstancias, nuestro Santo guarda el mas religioso silencio; tanto por lo menos como nos es permitido juzgar de ello por la relación evangélica, en la cual todos los diversos personajes acostumbra tomar la palabra muchas veces, para formar, no una fria historia, sino una narración muy animada y como un cuadro viviente.

Hay también en el silencio habitual de José algo de *maravilloso*, si consideramos los grandes misterios que el santo Patriarca tuvo

guardados por tanto tiempo en un secreto impenetrable.

José sabía por las palabras del Angel enviado por el Señor para instruirle, que el Hijo de María era verdaderamente el Mesías esperado hacia cuarenta siglos por toda la tierra, y que *debía salvar al pueblo judío de sus pecados*. (1) Sabía que María su casta Esposa había concebido milagrosamente, por operación del Espíritu Santo, el fruto preciosísimo que llevaba en sus entrañas. Para un cristiano vulgar, privado de esa profunda humildad que hace á los santos, ¡qué inmensa tentación de romper el silencio, y publicar por todas partes unos privilegios tan sublimes! ¡Qué tentación de declararse á sí mismo como el depositario de los mas inefables misterios, como el Esposo de una Virgen milagrosamente fecunda, y como el Padre nutricio del Hijo de Dios! ¡Qué tentación la de atribuirse á los ojos de los judíos tan llenos de la esperanza del Mesías, las prerrogativas y honores que debían convenir al Jefe de una Familia semejante, al Padre del Emmanuel, cuya venida tenía suspenso á todo Israel!

(1) Ipse enim salvum faciet populum suum á peccatis eorum. (Math., I).